

Si no me alentara sincera confianza en la benevolencia gentil de mi auditorio y en su generosa comprensión, temería que se me atribuyera algo así como nepotismo intelectual y patriotismo de campanario. Voy, nuevamente a hojear en vuestra compañía las Tradiciones peruanas, a mostraros en ellas aspectos de la vieja Lima y también a pedirlos que os asomeis conmigo a la ciudad actual. Lejos de mí el suponer que en la literatura del Perú sólo encierra significación la obra de mi padre; eso demostraría, además de torpe exclusivismo e ignorancia enciclopédica, para valerme de ajena y expresiva frase, negación del espíritu que a él lo animó, entusiasmo para con sus contemporáneos, estimulador de los escritores jóvenes. Aludiendo a la persistencia de sus elogios a determinados escritores, posteriormente venidos a menos en el concepto crítico, ha dicho nuestro insigne literato José de la Riva-Agüero que "don Ricardo Palma, luego tan delicado y perspicaz en sus juicios, siguió reputando a aquellos, de muy buena fe, hasta el fin de sus días, como autores eximios... Y no toleraba burlas sobre estas sus idolatrías, tan respetables y simpáticas, por ser generosas ceguedades de sus afectos y entusiasmos juveniles". (1).

En cuanto a su actitud para con los nuevos, recordaré que mi padre confesó alguna vez lo siguiente: "Bien sé que habiendo sacado de pila a muchos ahijados literarios, gallardos unos y deformes otros, debe mi firma, cuando aparece en la línea final de un prólogo, inspirar no poca desconfianza al lector". (2) Y en otra ocasión declaró: "Líbreme el cielo de sentar plaza de intransigente zoilo. Ni en literatura ni en política soy de los que dicen que en cada mil almas una va con Dios y las demás con el diablo.

"En países como el nuestro, donde la literatura no es una carrera, y en donde ni siquiera encuentra estímulos dignos quien consagra sus ocios al cultivo de las letras, creo que los que, por justos o verenjostos, hemos alcanzado a crearnos una modesta fama, llenamos deber de patriotismo alentando con una palabra de aplauso a los jóvenes que, con destellos de talento y sobra de entusiasmo, acometen la ardua empresa de dar a la estampa sus producciones. Y tanto es así, que prefiero callar cuando no encuentro en un libro pretexto para el elogio. No escribí, ciertamente, para mí el gran Víctor Hugo estas palabras:

-La boca de un poeta encomiando a otro poeta es un vaso de hiel azucarada.

"Antes, pues, que desalentar a la juventud estudiosa con críticas virulentas, que, a Dios gracias, ajeno soy a mezquindades y pasioncillas, consiento en aceptar este reproche que alguna vez se me ha dirigido: -que Dios me echó al mundo para halagar vanidades". (3).

Con estas citas de valer superior, huelga decirlo, al demás personales declaraciones, me defendiendo, curándome en salud, de la hipotética acusación de nepotismo intelectual, pecado para mí tan antipático que, por no cometerlo, apenas he rozado en estas conferencias nuestra literatura del presente siglo, ya que al estudiarla sería inevitable referirme a mi hermano Clemente, que desempeña papel preponderante en el cuento, la novela, la crítica y el periodismo nacionales.

No negaré mi amor a la patria chica; pero si debo declararlo limpio de fanatismos y agresividades; se funda, precisamente, en el don de simpatizar, en la facultad de reconocer y loar las excelencias de otras ciudades, no tan sólo las del propio país, sino de las demás naciones, empezando, con cierto egoísmo, por aquellas unidas a la mía por las dos grandes fuerzas espirituales creadoras: la religión y la lengua. Además, yo siempre he acatado la autoridad de los poetas, y en la de los vuestros me fundo para hablar de Lima en Buenos Aires.

Y Lima, qué emperatriz!

exclama en bello romance reciente Arturo Capdevila. Y Rafael Obligado, en armoniosas décimas que en la niñez aprendí, vinculando sus sueños de poeta y su sentimiento nacional a los atractivos y a los pesares de la capital peruana, cantó de este modo:

Lima fué desde mi infancia  
aquel albergue florido  
que soñamos como un nido  
blando y tibio a la distancia.  
Toda luz, ritmo y fragancia,  
me ofrecía de sus lares

CO-AP 2

CAJ. 4

DOC. 13

FOL. 11

las rosas, los azahares,  
la molicie voluptuosa  
y la pasión de la esposa  
del Cantar de los Cantares.

Después, la ví desdichada,  
mártir la ví del destino,  
y tuve, como argentino,  
mi dolor en la jornada.  
De Grau la enseña sagrada  
se hundió en la mar sin ribera,  
y yo, hundido en la quimera  
de aquel ensueño tan tierno,  
puse allá, en mi hogar paterno,  
a media asta mi bandera.

Como en otras ciudades españolas de la Península y de América, la vida de Lima tuvo por centro la Plaza Mayor. Don Francisco Pizarro, audaz guerrero y buen urbanizador, cimentó en ella los edificios destinados a los grandes poderes: el gubernativo, el eclesiástico y el municipal. Pronto tomaría también sitio en nuestra Plaza de Armas otra fuerza social, la del comercio, que en los portales que forman dos lados de aquella tiene, desde entonces, importante representación. La construcción de los portales, terminada en el período de mando del conde de la Monclova, importó 25000 pesos.

El 18 de enero de 1535, a los doce días de fundada la ciudad, inició Pizarro la construcción de la ~~antigua~~ Catedral, tomando por modelo a la de Sevilla; <sup>3</sup> trastornos revolucionarios y conmociones sísmicas produjeron, en un lapso de noventa años, paralizaciones y retrocesos en la obra, celebrándose al cabo, en 1625, la solemne consagración, presidida por la religiosa autoridad de su ilustrísima, el señor don Gonzalo de Ocampo y por el virrey marqués de Guadalcazar. Inmediata a la basílica metropolitana, se eleva la elegante arquitectura del palacio Arzobispal, concluido hace pocos años y en el mismo terreno del caserón que ~~albergó~~ <sup>albergó</sup> al primer prelado, fray Jerónimo de Loaysa. A ese caserón se dirigía, una oscura noche de mil quinientos noventa y tantos, con lento andar, como que le impedía rapidez al peso de un moribundo que llevaba auestas, un transeúnte a quien el centinela de la mansión virreinal dió el quién vive. -Toribio- contestó el interpelado, deteniéndose apenas. -Qué Toribio?- insistió el otro, sulfurado. -El de la esquina-. "Toribio el de la esquina" era nada menos que el evangélico arzobispo, fundador de monasterios y capillas y promotor de concilios limenses, Santo Toribio de Mogrovejo, venerado en los altares desde hace dos siglos. (4).

Frente al palacio Arzobispal y en el portal llamado de Escribanos, porque allí sentaron sus reales los del gremio, funcionaba el Cabildo; desde su ~~balcón~~ <sup>balcón</sup> balcón, el generalísimo don José de San Martín proclamaría la independencia del Perú el 28 de julio de 1821. Hace pocos años un incendio destruyó el edificio y la Municipalidad de Lima se halla, desde entonces, fuera de su histórica casa. Forma ángulo con el de Escribanos el portal de Botoneros, ocupado en sus orígenes por los industriales en pasamanería. Allí, en unos cuartos del llamado callejón de los Clérigos, habitaba Juan de Rada, después de la ejecución de su caudillo Diego de Almagro, en compañía de Almagro el Joven; quedaba, pues el albergue de ambos ~~rebelde~~ <sup>rebelde</sup> rebeldes, el viejo y el mozo, frente al palacio del Gobernador. Este mandó llamar una mañana a Juan de Rada y recibiólo en el jardín, donde ya había plantado su mano varios naranjos y la higuera que hasta hoy retuerce en el aire su ramaje secular; hablaron los dos en el tono que a sus distintas situaciones convenía: franco y benévolo el marqués don Francisco; hábil y cauteloso el jefe del bando de los de Chile. A la despedida, Pizarro regaló a su visitante seis naranjas, primicia frutal en Lima, que él mismo cortó del árbol; acaso imaginó que se atribuyera a su obsequio la intención y el simbolismo de la rama de olivo. No muchos días después, el 26 de junio de 1541, los caballeros de la capa, <sup>4</sup> encabezados por Juan de Rada, invadían Palacio y daban muerte tras cruenta y esforzada defensa, al conquistador del Perú.

Su hermano, el muy magnífico señor don Gonzalo Pizarro, fué también dueño efímero de la casa de Gobierno. Cuando recibió las propuestas pacificadoras de don Pedro de la Gasca, Gonzalo reunió en opíparo banquete a sus principales adeptos, muchos de ellos futuros traidores; a la mitad de la cena, un paje entregó un papel a Pizarro,

quien, después de leerlo, se lo pasó a su maestro de campo, Francisco de Carbajal, el celeberrimo Demonio de los Andes, diciéndole algo en voz baja. Carbajal meditó un rato; luego llamó a uno de los comensales y salió con él de la estancia. Un cuarto de hora después regresó ~~en~~ solo el viejo Carbajal; llevaba en las manos una fuente cubierta y la puso en el centro de la mesa, diciendo con sardónica cortesía a un sospechoso: -A sazón llegan los postres. Destape vuesa merced-. Obedeció el invitado y ante los ojos despavoridos de los concurrentes, apareció la ensangrentada cabeza del comensal que poco antes abandonara la habitación en la siniestra compañía del Demonio de los Andes. (6).

Tales son los primeros cuadros que de la morada oficial de los gobernantes del Perú nos ofrecen las Tradiciones, cuadros sombríos, a pinceladas de negro y bermellón; pero en la paleta hay variedad de colores; también posee armoniosos medios tonos, claridades risueñas, descanso y regocijo del espíritu.

En 1631 celebrábase suntuoso sarao en los salones de Palacio; los señores han de jado en la antesala los airosos chambergos y las capas que ostentan las cruces de Calatrava, Santiago, Alcántara o Monstesa; lindas mujeres visten amplios faldellines y se adornan con joyas butilantes; la fiesta es en honor de la hermosa doña Francisca Henríquez de Ribera, mujer del virrey conde de Chinchón. ¿Por qué? ¿Cumple un año más? Se la ha otorgado alguna merced real? No; más alto, providencial es el favor que ha recibido y beneficiará a la humanidad. Víctima la dama de terrible fiebre, la salvó de la muerte un jesuita, que, por revelación de los indios de Loja, conoció las virtudes curativas del árbol de la quina. Homenaje a la virreina, la ciencia llama chinchona al eficaz remedio; los limeños le decían los polvos de la condesa. (7).

Desde ese palacio, allá por 1668, una mujer gobernó la vastedad de los reinos del Perú; me refiero a doña Ana de Borja, a quien la reina gobernadora, doña Mariana de Austria, proveyó de cédula de mando para el caso de que su marido, el virrey conde de Lemos, necesitara, por obligaciones de su cargo, ausentarse de Lima. El caso llegó con la partida del virrey a sofocar turbulencias en la región minera de Láyca-cota. Entonces.... Pero esto no lo extracto; oigamos al tradicionista. Empieza refutando al conde de Bormos, el cual decía que "la mujer de más ciencia sólo es apta para gobernar doce gallinas y un gallo". "Disparate"... Mujeres conozco yo capaces de gobernar veinticuatro gallinas y... hasta dos gallos". Copia a continuación Palma comprobantes históricos, delinea un retrato de la virreina, sin olvidar que "las picarescas limeñas la bautizaron con el apodo de la Patona" y, por último, refiere lo siguiente: " (8). *(aquí en esta página impresa desde el extracto de la obra de Palma)*

No sólo tragedias, intrigas, ceremonias, banquetes y bailes tuvieron como escenario el palacio virreinal; sirvió, así mismo, de campo a intelectuales torneos y la luz de sus bujías alumbró líneas desiguales o renglones simétricos que sobre recio papel trazaban plumas de ave, manejadas por manos diestras en estampar, al pie de renglones documentos, el cómodo "acato y no cumplo" con que los virreyes evadían la obediencia a las ordenes del remoto soberano.

En el siglo XVII, el príncipe de Esquilache reunía en semanal tertulia literaria, a los más notorios ingenios de la tres veces coronada ciudad, y uno de sus sucesores, el conde de Santisteban, dedicaba los descansos a escribir el volumen de versos latinos que llamó, con título que no desdeñaría un vanguardista, Las horas sucesivas. A comienzos del XVIII, el marqués de Castell-dos-Rius celebraba las sesiones, desbordantes de versos culteranos y de retorcida prosa conceptista, cuya interesante compilación forma el libro Flor de academias; y los virreyes del final de esa centuria, el caballero de Croix y don Francisco Gil de Taboada y Lemus, reían los cáusticos chistes de Terralla, el poeta de las adivinanzas, y discutían con el jeronimita español, fray Diego Cisneros y con los sabios peruanos Rodríguez de Menza e Hipólito Unanue los primeros temas de tendencia nacionalista que en ~~xxxxxxx~~ el Mercurio peruano serían germen de la ideología ~~xxxxxxxx~~ de la emancipación.

A los virreyes del pasado siglo reservóles el destino las inquietudes y complicados problemas, que son inevitable acompañamiento del fin de un proceso histórico; paladearon tales amarguras el devoto Avilés, por quien se decía en Lima:

en la oración, hábil es;

en gobierno, inhábil es,

Abascal, Pezuela y Laserna. No por ello faltaron en ese período funciones teatrales, corridas de toros, desfiles de centenares de calesas por la carretera del Callao y tertulias palaciegas. Una de éstas dió a Abascal ocasión para cumplir justicia a un reclamante y corregir, sin escándalo, un abuso, de esos que en rotundo castellano se llaman estafa. Cometióla un encopetado regidor, tipo cabal de viejo verde, que compró a un vendedor de alhajas, en 200 onzas, una cajita conteniendo joyas femeniles con las que su señoría esperaba llevar a feliz término una conquista amorosa; compró las

alhajas..pero no las pagó;el acreedor,cansado de buscar en vano a su empingorotado deudor,lo abordó en público,consiguiendo,por todo conseguir,que el regidor lo apostrofara de insolente y calumniador y lo mandara meter en chirona.Por la misma víctima supo el virrey lo ocurrido y resolvió poner en claro el asunto;aquella noche había tertulia en Palacio;la niña de Abascal,pimpollo de catorce años,atendía a los visitantes y el papá entabló palique con el cabildante de marras;en lo más animado de la charla,antojósele al virrey sorber un polvo y su interlocutor le pasó su caja de oro,con cifra de rubíes, que Abascal,distraído,se guardó en un bolsillo de la casaca,distracción muy desagradable para el regidor,que,de regreso en su casa,se la contó ~~xxxxxxxxxxxx~~ al ama de llaves,malhumorado con el susto de quedarse sin su tabaquera.

Ñ"-No,señor;aquí está, que la trajo uno de los oficiales de Palacio.

-¿A qué hora,mujer?

-Acababan de dar las ocho en las Nazarenas,y obedeciendo al recado que usted me enviaba,le dí al oficial la cajita.

-Tú estás borracha,Conce. De qué cajita me hablas?

-Toma!De la de alhajas que compró usted el otro día".(9).

El cabildante comprendió la estratagema,que le cubría de vergüenza y de ridículo;abochornado,mandó abonar la cuenta y se marchó a una hacienda,abandonando la ciudad,donde no tardó en conocerse el incidente,apesar del empeño de Abascal en que se guardara secreto.

A su sucesor,don José Joaquín de la Pezuela,se le casó en Lima una hija;el novio era también personaje de campanillas,el brigadier Osorio,que se trasladó al Perú después del desastre sufrido en Chacabuco por las armas realistas.Lo más encumbrado de Lima recibió esquila de invitación a la boda y dióse a preparar sus mejores atavíos para lucirlos en el sarao brillantísimo,que sin duda seguiría a la ceremonia nupcial,señalada para el 15 de agosto de 1817.En la tarde de esa fecha,ya dadas las seis,apareció la virreinal familia en el salón lleno de convidados;pasaron todos a la capilla;el arzobispo Las Heras bendijo el enlace;la concurrencia se relamía ante la proximidad del festejo.No fué pequeño el chasco:la virreina,doña Angela Ceballos de la Pezuela,en lugar de ofrecer al aristocrático concurso las viandas y danzas de estilo,empezó a rezar en voz alta el rosario;por supuesto,tuvieron todos que hacerle coro.Quizá la ilustre señora pretendió corregir la frivolidad social,reaccionar contra peligrosas novedades-por lo visto,siempre las ha habido-e implantar normas austeras;pero la moda no cundió(10);muy al contrario;la aristocracia limeña la zahirió agudamente,y las burlas y críticas privadas alcanzaron pública manifestación con la siguiente esquila:

"La marquesa de Mozobamba del Pozo convida a usted al matrimonio de su hija Mercedes con el doctor don Faustino de la Cueva y Salazar,a las ocho de la noche del día 25,previniéndole que no habrá rosario".

Aún podría mostraros otras estampas tradicionales de la casona tetracentenaria;veríamos,en alguna pared del patio principal,garabatos pasquinescos y la respuesta aguda de un *gobernante* enérgico,el marqués de Castel-fuerte:

- Este gallo ya no canta,  
se le secó la garganta.
- Paciencia!Ya cantará,  
y a algunos les pesará.

*O este cambio de puyabos, cuando termino el punto. - San Andrés.*  
*-¡Tuh! Tuh! Tuh!*  
*Ya se le acabó el Perú.*  
*-¡Tuh! Tuh! Tuh!*  
*Cinco millones me llevo de aquí.*

Alzando la vista a los balcones,los encontraríamos ocupados por lo más granado del elemento palatino y nobiliario,que desde allí asistiría a un auto de fe o a una corrida de toros,pues una y otra diversión se efectuaban en la Plaza de Armas.Miraríamos discurrir por los salones a algunos mandatarios de la República:Gamarra y su mujer,la gallarda Mariscala,más presidenta que el mismo marido;Orbegoso,tan guapo y apuesto que al salir de las ceremonias catedralicias lo piropeaban hasta las mulatas de convento:- Dios lo guarde a mi niño Orbegoso.Es tan lindo como un San Antofito!-;el marcial y desventurado Salaverry;Vivanco,elegante y purista;Echenique, generoso e imprevisor,y don Ramón Castilla,gran figura de nuestra historia.Veríamos también.....Pero ya no es posible;hay que salir de Palacio;nos hemos detenido en él más de lo debido,así suelo ocurrir.

Saliendo por la puerta lateral,nos encontramos a pocos pasos del puente que construyó el marqués de Montesclaros.Lima,como Sevilla,está dividida por el río;

Lima, ciudad devota, florecida de bienaventurados, sonora de campanas, olorosa a incienso y a sahumerio cuando imágenes religiosas, brillantes de preciosos metales y pedrería, en andas recorrían sus calles en las faustuosas procesiones, posee en la historia y en la leyenda de la era virreinal, no pocas páginas ilustradas por las comunidades que erigieron magníficos templos y que desde sus conventos, nada anacoreticos, ejercían positiva influencia sobre la población. Agustinos, franciscanos, dominicos y jesuitas dirigían los estudios y las conciencias, y las elecciones para las jefaturas monásticas que se efectuaban en sus salas capitulares, agitaron la vida muelle de la colonia con inquietudes precursoras de las conmociones políticas del porvenir.

Prestigiosos y queridos por su ciencia y sus virtudes los hijos del glorioso obispo de Hipona, entre los que se destaca el chuquisaqueño fray Antonio de la Calancha, autor de la célebre Cronica moralizada, las elecciones para los altos cargos del ~~monasterio~~ monasterio convertíanse en asunto de interés primordial para la ciudad toda, que en ellas encontraba ocasión de expansionar el antagonismo latente entre criollos y peninsulares. A propósito de la reñida elección para provincial, que dió el triunfo a un sacerdote limeño, hace Palma, con su amable ironía característica, el siguiente comentario: "Los criollos y peruleros vieron con orgullo y celebraron con grandes fiestas la victoria. Y había razón, porque hasta entonces el pandero había estado siempre en manos de los españoles. Esta elección ganada era un pasito que, a lo somorgujo, dábamos los peruanos en el camino de la Independencia". A poco de este triunfo, encargóse del mando Un virrey capitulero (1) y al llegar el día de nuevas, apasionadas elecciones impuso autocráticamente a un fraile español, en cuyo elogio apuntó un cronista del convento que se comportó en forma que "nadie pensara que entró como ladrón por las bardas en el redil sino como buen pastor por las puertas".

La iglesia de San Agustín ha sufrido transformaciones y reformas, no siempre afortunadas; sin embargo, conserva la verja exterior, de artística forja, y la ornamental fachada, de cespido y pomposo churriguerismo; subsisten, así mismo, los ricos artesonados de la sacristía y antesacristía, en la cual se guarda la escultura de la muerte, de asombroso realismo, que produjo en el cerebro perturbado por el alcohol y la exaltación creadora de su autor, el mestizo Baltasar Gavilán, la terrorífica alucinación que lo llevó a la locura y a la muerte. (2).

En el interior de la iglesia, apenas aclarada por la trémula llama de las lamparillas de aceite, penetró una noche furtivamente un ladrón que se apoderó de la Custodia, de subido precio intrínseco, como que la adornaba un sol de oro con perlas, brillantes, esmeraldas, topacios y rubíes, ~~obsequiada~~ regalada por las acaudaladas de votas limeñas. ~~Antes de ellas~~ mujer del intendente de Huancavelica, un platero recién llegado al lugar, le ofreció en venta seis valiosos anillos; la dama, fijando su mirada sorprendida en la esmeralda engarzada en una de las sortijas, exclamó: -Qué rareza! Esta piedra es idéntica a la que obsequié para la custodia de San Agustín. Con tal indicio, la policía se puso sobre la pista del platero, hallólo a pocas leguas de la ciudad y lo mandó a la cárcel de Lima. Condenado a muerte, solicitó el criminal que se retrasara por cuatro meses la ejecución de la sentencia, ofreciendo fabricar en ese plazo una custodia, en reemplazo de la que su mano sacrílega destruyó. Merced a los generosos donativos de los fieles y a la pericia del arrepentido orfebre se substituyó el copón desaparecido con otro superior, que le mereció al culpable la conmutación de la pena. "Es decir-explican las últimas líneas de la tradición-que en vez de achicharrarlo como a sacrílego, se le ahorcó muy pulcramente como a ladrón". (3).

Para final de mis referencias al templo y monasterio protegidos por el nombre del Gran Padre de la Iglesia, esbozaré tres limeñísimas leyendas, reflejo de otros tantos ~~aspectos~~ <sup>aspectos</sup> acusados aspectos: el aristocrático, el misterioso y el galante, que en las ~~tradiciones~~ <sup>leyendas</sup> ~~peruanas~~ <sup>de Lima</sup> tienen los títulos de Un litigio original, La procesión de ánimas de San Agustín y Un virrey hereje y un campanero bellaco.

Orgullosa defensa de privilegios, disputa airada entre un conde y un marqués por la preeminencia en el paso de sus carruajes reunieron en los alrededores de San Agustín a cuantos señorones ostentaban en Lima títulos de nobleza y terminaron con la destrucción de los coches por obra de la intemperie, de los ladronzuelos y del tiempo que tardó en llegar de España ~~el ambiguo decreto~~ <sup>el ambiguo decreto</sup> con que dilucidó el monarca la curiosa querrela. La detallada relación heráldica que esa tradición encierra, hace decir al autor humorísticamente que allí "halaga vanidades

des como candidato que anda a pesca de votos para calzarse un diputación". (14).

Existe todavía en la plazuela de San Agustín, frente el templo, una mansión de temerosa leyenda que perteneció a los condes de Polentinos. En ella habitó, hacia 1640, un severo e inflexible juez, que condenó a la horca a un lego agustino, falsamente acusado de asesinato. Cumplida la sentencia, el juez ~~taxó~~ abrió una carta que poco antes de la ejecución le entregaron y que él, convencido de su infalibilidad, no quiso leer. La carta contenía la prueba indudable de la inocencia del reo. El juez, fuera de sí, trastornado por los remordimientos, se asomó al balcón, buscando en la brisa nocturna alivio a su angustia febricitante. Eran las doce; los ojos extraviados del magistrado claváronse en la iglesia; con espanto la vió abierta y que de ella salía, entonando el miserere, una procesión de frailes; a la luz de las canillas, que encendidas como cirios llevaban los fantasmas, percibió descarnadas calaveras rodeadas de la monacal capucha. Pasaron los siglos, y sólo a mediados del XIX, con la potencia del alumbrado público, dejó la gente medrosa de asegurar que todas las noches salía a recorrer la plazuela La procesión de ánimas de San Agustín. (15).

¿Quién fué el virrey hereje? El conde de Alba de Liste, ilustrado, altivo y galán, a quien le aplicaron el mote a causa de sus frecuentes querellas con el clero y la inquisición. ¿Y el campanero bellaco? Un novicio agustino, dedicado a campanero por molondro y que cierta vez que el virrey, en carruaje y con escolta, atravesó la plazuela, ~~de San Agustín~~ faltó a la reglamentaria obligación de repicar. Castigado por sus superiores, le guardó ojeriza al de Alba de Liste y cavilaba en la manera de vengarse; hallóla el muy belitre, echando a vuelo sus campanas, después de media noche, como maligno saludo al virrey que a esa hora, a favor de la <sup>penumbra</sup> sombra y recatándose con el embozo, de una secreta visita amorosa. (16).

*Saliendo por la puerta lateral del Palacio, nos encontramos a pocos pasos del puente que construyó el marqués de Montecarlo. Lima, con Venilla, está dividida por el río;*

nuestro barrio de Triana se llama Abajo del Puente y existe entre uno y otro innegable parecido, tanto como desemejanza entre el cristalino Rímac y el Guadalquivir caudaloso. En la entrada del puente hubo un arco con la estatua ecuestre de Felipe V y la inscripción Dios y el rey; derrumbóse aquella cuando el terremoto de 1746 y más tarde la República cambió la primitiva inscripción por esta otra: Dios y la patria. Hace más de medio siglo que un incendio consumió el arco.

La estatua del primer Borbón de España tuvo por origen un arrebató pasional. (17). Cuenta el tradicionista que "En la época colonial casi no se podía transitar por el Puente en las noches de luna. Era ese el punto de cita para todos. Ambas aceras estaban ocupadas por los jóvenes elegantes, que a la vez que con el airecito del río, hallaban refrigerio al calor canicular, deleitaban los ojos clavándolos en las limeñas que salían a aspirar la fresca brisa, embalsamando la atmósfera con el suave perfume de los jazmines que poblaban sus cabelleras". Entre los paseates se hallaba una tal Mariquita Martínez, muy coquetona y dicharachera, a la que, según mi padre "había que ver paseando, Puente arriba y Puente abajo, con albísimo traje de zaraza, pañuelo de tul blando, zapatito de cuatro puntos y medio, dengue de resucitar difuntos y la cabeza cubierta de jazmines. Los rayos de la luna prestaban a la belleza de la joven un no sé qué de fantástico; y los hombres, que nos pirramos siempre por esas fantasías de carne y hueso, la echaban una andanada de requiebros, a los que ella, por no quedarse con nada ajeno, contestaba con aquel oportuno donaire que hizo proverbiales la gracia y la agudeza de la limeña".

Una de esas claras noches de luna terminaron las alegrías de Mariquita: un enamorado celoso se interpuso bruscamente en su camino, la sujetó por el tallo y sacando una navaja, le cortó a la muchacha una de las hermosas trenzas que lucía como su mejor presea; armáronse barullo y confusión enormes, a favor de los cuales pudo huir el mozo y refugiarse en el convento de San Francisco. El improvisado peluquero resultó ser un joven escultor, Baltasar Gavilán, a quien el arte nacional le debe la soberbia efigie de la Muerte que se conserva en la sacristía de San Agustín. El virrey impuso como condición para perdonar al refugiado que éste ejecutara una obra digna de ser colocada en el lugar donde tan escandalosa falta cometiera; comprometióse el artista a hacerla y en 1738, con mucha pompa y públicos regocijos, coronóse el arco del Puente de piedra con la figura de Felipe V.

Decoro del barrio de Abajo del Puente, típico paseo criollo es la Alameda de los Descalzos. En sus años de juventud, allá por 1866, escribié de ella lo siguiente don Ricardo Palma: "Era el 2 de agosto de 1814 y el pueblo se dirigía en tropel a la Alameda de los Descalzos (fundada en 1611), que no ostentaba el magnífico jardín enverjado ni las mármoreas estatuas que hoy lo embellecen. Calles de sauces plantados sin simetría, algunos toscos bancos de adobes y una pila de bronce al costado del conventillo de Santa Liberata constituían la Alameda, que, sin embargo de su pobreza, era el sitio más poético de Lima. Contéplanse desde él las pintorescas lomas de Amancaes, el empinado ~~XXXXX~~ San Cristóbal, cuya forma hizo presumir que encerrase en su seno un volcán, y el pequeño cerro de las Ramas, donde contaban las buenas gentes que solía aparecerse el diablo, en cuya busca subió más de un crédulo desesperado. Y en el fondo de la Alameda, como invitando al espíritu a la contemplación religiosa, severo en la sencilla arquitectura de su fachada, y misterioso como el dedo de Dios, se destaca el templo de la recolección de los misioneros, Descalzos, fundada en 1592 por el hermano elgo fray Andrés Corzo". (18).

Convento y paseo, recogimiento y diversión; en el claustro enseñan los religiosos la celda del primer guardián, San Francisco Solano, y en el paseo evoca la imaginación a la comediente Micaela Villegas, que lo recorrió, ostentosa y triunfal, en carroza halada por cuatro mulas, privilegio exclusivo de los títulos de Castilla y del que ella disfrutó, provocando la indignación de la aristocracia, por concesión arrancada al virrey Amat, a fuerza de mimos y carantoñas. A más de los Descalzos, hay otras iglesias en las inmediaciones de la Alameda: Santa Liberata, (19), erigida en el sitio donde un ladrón sacrílego enterró bajo un naranjo las hostias del copón de oro macizo que robó en el Sagrario, y el Patrocinio, fundada en el ~~terreno~~ lugar donde el beato fray Juan Marías pastoreaba ganado.

Formado fondo a la Alameda, se yerguen el cerro de San Cristóbal y el de las Ramas; don Francisco Pizarro bautizó con aquel nombre al primero, agradecido a la protección que el santo dispensó a los españoles cuando el inca Manco II, a la cabeza de un ejército de indios, sitiaba la nascente capital; la ~~con~~ luminosa que se alza en la cúspide del San Cristóbal recuerda a la de madera que en ella puso el conquistador. (20)

En cuanto al cerrito de las Ramas, nadie ignora, dada la positiva importancia de la cuestión, que lo encontraron ad hoc para sus hazañas y reuniones el rey de los infiernos, su diabólica corte y las brujas. Recordemos la declaración de la famosa San Diego, tal como se la contaba a sus nietos la abuelita, que, por más señas, la supo "por el padre Pardiñas, sacerdote de mucha marragueta, que fué mi confesor y me lo contó todo en confianza". (24). Después de tan fidedigno dato, continuó refiriendo la abuelita que la San Diego "También declaró que todos los sábados, al sonar las doce de la noche, se untaba el cuerpo con un menjurje, y que volando, volando, se iba hasta el cerrito de las Ramas, donde se reunía con otros brujos y brujas a bailar deshonestamente y oír la Misa Negra. No saben ustedes lo que es la Misa Negra? Yo no la he oído nunca, créanmelo; pero el padre Pardiñas, que esté en gloria, me dijo que Misa Negra era la que celebra el diablo, en figura de macho cabrío, con unos cuernos de a vara y más puntiagudos que aguja de colchonero. La hostia es un pedazo de carroña de cristiano, y con ella da la comunión a los suyos. No vayan ustedes, dormiloncitos, a olvidarse de rezar esta noche a las benditas ánimas del Purgatorio y al Angel de la Guerdá, para que los libre y defienda de brujas que chupan la sangre a los niños y los encanijan".

En el cerrito de las Ramas, un escribano le hizo la gran jugarreta al mismísimo diablo. Buena alhaja sería don Dimas de la Tijereta. Andaba el tal en calabrinda por una mozuela, que lo traía a mal traer a punto de sofiones y despedaderas; las cavilaciones de don Dimas sobre su mala suerte llevaron una noche, casi sin que se diera cuenta, hasta el pie del cerrito de las Ramas; la hora, que era la cabalística de las doce, y el lugar ~~inspiración~~ <sup>mentes</sup> pecaminosos pensamientos al cartulario que, exasperado, exclamó: "Venga un diablo cualquiera y llévase mi almilla en cambio del amor de esa caprichosa criatura!" - Oyolo Satanás y tocó la campanilla, a cuyo son acudió su correveidile Lilit, a quien el amo infernal le ordenó: "-Ve, Lilit, al cerro de las Ramas y extiende un contrato con un hombre que allí encontrarás, y que abriga tanto desprecio por su alma que la llama almilla. Concédete cuanto te pida y no te andes con regateos, que ya sabes que no soy tacaño tratándose de una presa" (22)

No tardó el diablejo en regresar del cerrito de las Ramas y entregarle a su rey un documento con todas las de la ley y la firma y engarabitada rúbrica de don Dimas, comprometiéndose, a ~~hacer~~ trueque de la satisfacción de su erótica capricho, a darle su almilla al cabo de tres años.

Cumplió Luzbel, cumpliéndose también el plazo, y en esa fecha Tijereta se encontró, sin saber cómo había llegado hasta allí, en el consabido cerro donde ya Lilit lo esperaba. Al verlo, el escribano empezó a desnudarse a toda prisa, sin atender a las observaciones del diablillo que no atinaba con el motivo del aligeramiento de ropa. Continuó don Dimas desvestiéndose y al quitarse el juboncillo o camiseta interior, -Deuda pagada y venga mi documento.

Echóse el demoniejo a reír, y Tijereta, sin hacerle caso, continuó: -"Esa prensa se llama almilla, y eso es lo que yo he vendido y a lo que estoy obligado. Carta canta. Repase usted, señor diabolín, el contrato, y si tiene conciencia se dará por bien pagado. Como que esa almilla me costó una onza, como un ojo de buey, en la tienda de Pacheco!"

Desoyendo sus amenazas de leguleyo, cargó Lilit con el escribano y dió con él en los profundos infiernos. "Trataba ya-dice el tradicionista-por vía de amonestación, de zabullirlo en un caldero de plomo hirviendo, cuando alborotado el Cocyto y advertido Satanás del laberinto y causas que lo motivaban, convino en que se pusiese la cosa en tela de juicio. Para ceñirse a la ley y huir de lo que huele a arbitrariedad y despotismo, el demonio!"

Agrega Palma que los jueces que intervinieron en la cuestión, seguramente fueron en vida literatos y académicos, pues a Tijereta le bastó la autoridad del Diccionario de la lengua para probar su buen derecho. Pateta acató el fallo que favorecía a don Dimas de la Tijereta, regresó éste a la tierra, donde, ya finiquitado el diabólico pacto, no volvió a ver a la chica de marras y Satanás... se quedó con la almilla.

No abandonemos los típicos barrios criollos de Abajo del Puente sin dedicar un recuerdo a la Plaza de toros. Se estrenó en 1768 y, de entonces acá, no poca tinta se ha gastado en loar las hazañas de sus héroes. Los personajes de las comedias de Segura discuten acaloradamente los méritos y defectos de Cantoral, de un tal No Muchos pañuelos y de Corujo

que a la primera estocada hacía el toro ensalada.

de la prensa a Lilit diciendo:

9

Mucho antes, el marqués de Valleumbroso, a propósito de la suerte criolla del capeo a caballo, estampó en su libro, refiriéndose al torero Casimiro Cajapaico: -"Siempre que lo veía a caballo, me daban ganas de levantarle una estatua". Ya es decir.

Y Juanita Breña? En prosa y en verso la asediaban requiebros picantes, con sabor al ají de la tierra. Fue una guapa mulata, que desde pequeña demostró decididas afiecciones varoniles, las cuales su padre se empeñaba en corregir, aconsejándola continuamente: -"Juana, no te metas a hombre". Tan se metió, que no tardó en figurar como capeadora de a caballo en las cuadrilla de toreros. El tradicionista la describe así: (23): "La imaginación me la retrata cabalgada en un brioso overo del Norte, a quinque pasos de la puerta del toril, capa colorada en mano y puro de Cartagena en boca. Con chaquetilla de raso azul con alamares de plata, falda verde botella y un rico jipijapa en la cabeza, dicen que era lo que se llama una real moza". Juana de alejó definitivamente de la plaza de Acho después de la corrida en que estuvo a punto de peecer en las astas del toño. Entre las voces de espanto, sobresalía la del padre de Juanita Breña que gritaba: -"Toma, china de mis pecados Métete a hombre!"

Volvamos a la parte alta de la ciudad y, extremando el contraste, pasemos del alborotado espectáculo popular, con estridencias jocundas y expectativas de tragedia, al centro de intensas actividades intelectuales que se llama Universidad Mayor de San Marcos. Por qué se llama así? Eso es lo que, con el auxilio de la tradición titulada El patronato de San Marcos, (24), voy a referir. La Universidad de Lima, creada en 1551 por cédula de Carlos V, decidió en 1574 elegir a su santo patrono; el claustro médico propuso a San Cipriano, el de teólogos a Sabto Tomás, al de juristas a San Bernardo y el virrey a San Agustín. "Las limeñas -Refiere Palma- que en esos tiempos, y por no perder la costumbre hasta en los nuestros, se metían en todo se propusieron hacer capítulo por los cuatro evangelistas; y húbolas partidarias de San Juan, San Lucas, San Marcos y San Mateo. Así cada doctor de la Universidad, si era hombre en disponibilidad para marido, se encontraba con que su novia le pedía el voto para el águila de Patmos, y sus hermanas para San Lucas. Y si era casado, la mujer aspiraba a conquistarlo para San Marcos, y la suegra para San Mateo.

"Ni los teólogos estaban libres de que la confesada o hija de espíritu se insinuase en favor del evangelista de sus simpatías.

"¿Qué desgracia la mía! Si yo hubiera comido pan en ese siglo, y además sido doctor, créanme ustedes que sacaba el vientre de mal año. Vendía mi voto baratito. Me parece que un celemín de besos no habría sido mucho pedir".

Llegó el día de la votación sin que se obtuviera resultado definitivo; pero si quedó comprobado que los doctores obtuvieron muchos más sufragios que los evangelistas. "No habiendo alcanzado mayoría ningún santo-continúa el tradicionista- quedó la votación para repetirse en la semana siguiente. A cubiletear se ha dicho.

"Las limeñas calcularon entonces, y calcularon muy juiciosamente, que anarquizadas como estaban, no había triunfo posible para evangelista alguno. Dicen los hombres de política que esto del voto acumulativo para dar representación a las minorías, es invento del siglo XIX. Mentira, y mentira gorda, digo yo. El voto acumulativo es cosa rancia, en el Perú por lo menos. Lo inventaron las limeñas ha tres siglos.

"Ellas querían ~~xxxxxxx~~ un evangelista, y resolvieron acumular en favor de San Marcos, que fué el que mejor parado salió en la votación primera".

Tampoco en la nueva votación, que fué muy reñida, hubo decisiva mayoría por ningún candidato; resolvióse entonces recurrir a la suerte, y en sesión de claustro pleno, celebrada el 20 de septiembre, se echaron en una ánfora cuatro papeletas con los nombres de Santo Tomás, San Bernardo, San Cipriano y San Mateo. "Victoria por las limeñas! -concluye, regocijado, su galante paisano-. La suerte, que es femenina, las favoreció".

En varios pasajes de su vasta obra alude don Ricardo, velando apenas con el donaire del estilo la melancolía de la evocación, a la vida universitaria. Al despuntar el siglo XIX, los estuantes frecuentaban, según refiere en Los escrúpulos de Halicarnaso (25), una tiendecita de comestibles y golosinas, situada frente a la portería del convictorio de San Carlos. Entre los colegiales figuraban Felipe Santiago Estenós, futuro secretario de Bolívar, y el inmortal Olmedo, autor del Canto a Junín. No habían llegado aún para el ~~xxxxx~~ vate ecuatoriano los mometos de empuñar la trompa bélica; su musa traviesa se divertía entonces asomándose a la humilde chingana y embromado a los compañeros, como vemos en esta décima:

A las diez llegó Estenós,  
muy peripuesto y ligero,  
y le dijo al chinganero:

-Déme usted, ño Juan de Dios, medio de jamón, en dos pedazos grande, sin hueso; y no le compro a usted queso porque experimento tal arranquitis de metal, que no me alcanza para eso".

Medio siglo más tarde ocupaba la misma tiendecita Halicarnaso, zapatero remendón, consagrado en cuerpo y alma a los estudiantes, que se jactaba de participar en sus colegiadas, aunque a lo sumo lo hiciera en calidad de testigo, y les presta toda clase de servicios. Sin embargo, a los de cierta especie, se negaba de manera irreductible; así se lo hizo entender a una graciosa tapada, que se le presentó una tarde en el tenducho y, al mismo tiempo que le deslizaba en la mano unas monedas, le pidió con mucha zalamería que la dejara pasar a la trastienda, donde no tardaría en acudir un <sup>alumna</sup> estudiante de años superiores. Halicarnaso, indignadísimo, rechazó la dádiva, y dijo y repitió a la pedigüeña que tocara a otra puerta; él era zapatero remendón y no... otra cosa. La chica no se amilanó por tan poco; muy al contrario: aprovechándose de que Halicarnaso fincaba su orgullo en servir únicamente en lo tocante a su oficio, la muchacha se quitó un zapatito, rasgó el raso con la uña y diciéndole al remendón: -Pues, maestro, zúrzame este zapato-se metió gentilmente en la trastienda; por supuesto, que el galán, como llamado con campana, se apareció allí inmediatamente. El meticoloso Halicarnaso se dedicó a su tarea, murmurando, "entre puntada y puntada: -En ocupándome en cosas de mi arte... nada tengo que oponer... Conversen ellos y zurza yo, que no hay motivo de escrúpulo".

Al salir de la vetusta Universidad, en cuya reformada plaza se eleva la estatua del sabio rector don Bartolomé Herrera, se pasa ante la iglesia de San Carlos, hoy Panteón de los próceres, y, doblando por la <sup>izquierda</sup>, se llega al comienzo de la ~~av~~ avenida Piérola, que conduce a la plaza San Martín. Lima de la República, Lima moderna, Lima del siglo XX. Para formar la plaza actual, <sup>se destruyeron</sup> ~~desaparecieron~~ las calles de San Cristóbal del Tren y de la Faltriquera del Diablo y las plazuelas de San Juan de Dios y de la Micheo. Las antiguas calles se han convertido en portales con esbeltas arquerías y edificios nuevos; ya sería imposible precisar cual de ellos se asienta en el terreno donde un sacerdote bregó tanto por confesar a un moribundo que, justamente satisfechos del éxito ~~alcanzados~~ conseguido, decía después: -"He sacado esa alma de la faltriquera del diablo". (26).

Donde estuvieron las pretéritas plazuelas, se alzan los locales del hotel Bolívar, el teatro Colón y el Club Nacional, construido el último en la que fué casa solariega de una señora bella, virtuosa y desgraciada cuyo apellido llevó la desaparecida plazuela. En el centro de la plaza, se yergue sobre un peñón la estatua ecuestre del general don José de San Martín.

Con la elevación de ese monumento, se cumplió el anhelo de la <sup>nación</sup> ~~patria~~ peruana de perpetuar en forma artística su agradecido sentir. Alguna vez mi padre soñó en verso lo que el alma de un soldado de la Patria vieja ~~experimentaría~~ <sup>contemplaría</sup> ante la realidad del noble ~~deseo~~ reverente homenaje, de cuyas estrofas finales me valgo para poner término a esta desaliñada y demasiado extensa charla:

*No de los tiempos pasados  
la historia pondrá en el olvido,  
orgulloso de haber sido  
último de tus soldados,  
quien vivió entre vuestros afanes  
extinguiré cual parva  
la luz de la vida en una  
generación de titanes*

Yo, que tu constancia ví,  
que tus proezas conté,  
tu abnegación admiré  
y con tus duelos sufrí;  
yo, que estuve en la victoria  
junto a tí, con arma enhiesta,  
reclamo mi sitio en esta  
apoteosis de tu gloria,  
y hoy que a tu nombre inmortal  
va a ser monumento alzado,  
decir cumple a tu soldado:  
-Presente, mi general!

*Angélica Palma*

NOTAS.

- (1) Prólogo al IV Tomo de Tradiciones peruanas. José de la Riva Agüero
- (2) Tradiciones del Cuzco. Tradiciones peruanas por Ricardo Palma Tomo V
- (3) Parrafadas de crítica idem idem idem idem
- (4) Las querrelas de Santo Toribio. Obra citada Tomo 1.
- (5) Los caballeros de la capa. idem idem
- (6) Los postres del festín idem ntomo III
- (7) Los polvos de la condesa idem tomo 3
- (8) Beba padre que le dé la vida idem tomo I
- (9) Una astucia de Abascal idem tomo III
- (10) Una moda que no cundió idem tomo V
- (11) Un virrey capitelero idem tomo III
- (12) La trenza de sus cabellos idem tomo II
- (13) Lucas el sacrilego idem tomo I
- (14) Un litigio original idem tomo I
- (15) La posesión de ánimas de San Agustín idem tomo III
- (16) Un virrey hereje y un campanero bellaco idem tomo I
- (17) La trenza de sus cabellos idem tomo II
- (18) Predestinación idem tomo I
- (19) La fundación de Santa Liberata Idem tomo I
- (20) Un cerro que tiene historia idem tomo III
- ~~(21) Don Dimas de la Tijereta~~
- (21) La misa negra idem tomo II
- (22) Don Dimas de la Tijereta idem tomo I
- (23) Juana la marinacho idem tomo III
- (24) El patronato de San Marcos idem tomo IV
- (25) Los escrúpulos de Halicarnado idem tomo III
- (26) La faltriguera del diablo idem tomo II